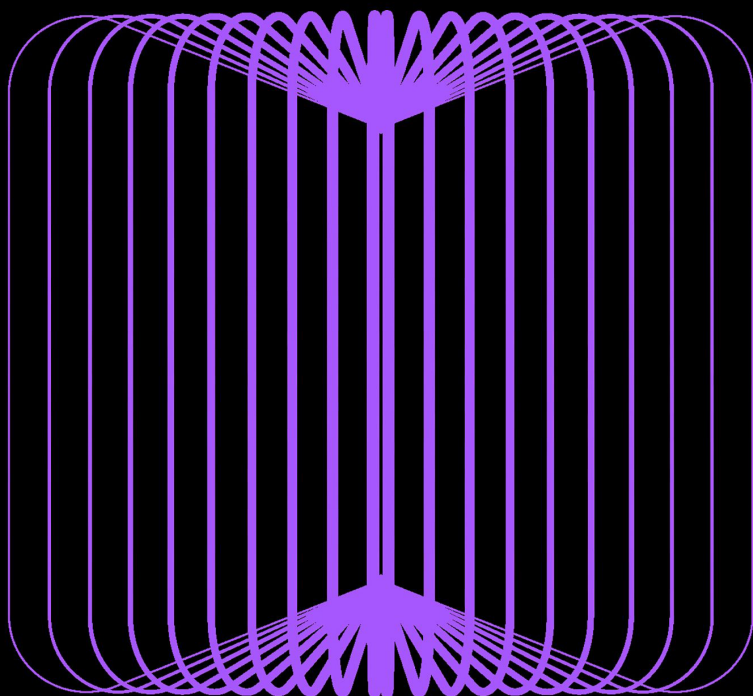


ANTONIO DAMASIO



INTELIGENCIA NATURAL
Y LA LÓGICA
DE LA CONSCIENCIA

DESTINO

Antonio Damasio

Inteligencia natural y la lógica de la consciencia

Traducción de Sion Serra Lopes

Ediciones Destino Colección Imago Mundi

ÍNDICE

COMIENZOS

1. Inteligencia natural y la lógica de la consciencia. . . .	9
2. Los enigmas de la consciencia.	15
3. Un método y un plan	23

I. EL PROBLEMA DE GENERAR CONSCIENCIA Y UN BOCETO DE POSIBLES SOLUCIONES

4. En mis mentes	29
5. La mente integrada moderna	37
6. Sentir que existo.	43
7. El mundo alrededor y el mundo interior.	53
8. Prodigios de la interocepción	61
9. La lógica de la consciencia concierne a la regulación de la vida	67
10. ¿Cómo es posible la consciencia?	73

II. PROFUNDIZAR EN LAS SOLUCIONES

11. Que surja la consciencia	79
12. Más sobre cómo surge la consciencia.	97
13. Más sobre la neurobiología de la interocepción	105

14. Sobre la consciencia y sobre las mentes	115
15. La consciencia y su pérdida.	123
16. Sobre la temperatura corporal y la respiración	131
17. Sobre el hambre y la sed	137
18. Sobre el dolor y la náusea	143

III. AHORA QUE YA SABEMOS

19. La sintiencia de las plantas y de los árboles	149
20. ¿La consciencia existe en las bacterias?	157
21. Lo social desde la perspectiva de la homeostasis	161
22. Inteligencia artificial	165
23. Elogio de ancestros, compañeros y sucesores.	175

IV. REFLEXIONES A LA POSTRE

24. Un apunte sobre la historia de la vida	183
25. Cobrar vida.	187
26. Sobre la vida, la inteligencia y las mentes	191
27. Observaciones sobre un término problemático.	199
28. Los albores de la consciencia.	201
29. La cadena vital	205
30. ¿Quién lo hubiera imaginado?	207
<i>Bibliografía</i>	209
<i>Notas</i>	231

I

INTELIGENCIA NATURAL Y LA LÓGICA DE LA CONSCIENCIA

Este libro trata de las aventuras de la inteligencia natural, que empezaron con la creación de la vida —nada menos que el comienzo de una nueva y asombrosa forma de existencia destinada a morir— y continuaron con el extraordinario desarrollo de las mentes, los sentimientos y la consciencia.

A lo largo del siglo xx, una serie de hallazgos nos han permitido empezar a comprender la vida, pero esta todavía es un hecho insólito y deslumbrante, de una sofisticación extravagante pero discreta, que apenas llama la atención y, sin embargo, posee un sinfín de brillantes tretas a las que debe su aparente eternidad. La vida es el don que nos ha proporcionado organismos unicelulares, los más omnipresentes de los cuales son las bacterias, que viven sin saberlo, que se buscan la vida de forma impecable pero sin saber cómo buscársela, ni qué buscar.¹ Esa microscópica extrañeza empezó a suceder hace unos 4.000 millones de años, pero demos un salto de otros 2.500: para entonces, la naturaleza empezaba a producir organismos más complejos, con muchas células, entre ellos seres admirables como las plantas y los árboles. Pensemos en las secuoyas de California, que se elevan cientos de metros en el aire, contemplemos sus maravillosas copas y sus imbricados sistemas de raíces.² Por complejos y bellos que sean, esos organismos

tampoco son capaces de darse cuenta de su propia existencia, y mucho menos de reconocer la complejidad de su funcionamiento o del de otros seres vivos.

Pero las inteligencias naturales aún tenían más prodigios que revelar. Sin conformarse con un mundo lleno de criaturas astutas pero inconscientes, la naturaleza pasó a inventar organismos dotados de *mente*, fabricados por obra y gracia de otra increíble primicia, los *sistemas nerviosos*, que empezaron a surgir hace unos 500 millones de años. ¿Y qué significa tener una mente? En términos generales, significa poseer la *representación privada de imágenes mentales generadas por un sistema nervioso*. Esas imágenes *representan* todo lo que nos rodea —*calcan* objetos, otros organismos vivos y acontecimientos en los que participan—, pero no solo eso; lo importante es que las imágenes mentales también *retratan* nuestras vísceras y su funcionamiento como parte de su cometido de regular y mantener la vida. Al hacerlo, *representan, en forma de sentimientos, los componentes corporales y las acciones implicadas en los estados internos de nuestros organismos*. En otras palabras, al hacer uso de todos nuestros sentidos, las imágenes mentales *representan* agentes y acciones, no solo fuera de nuestros organismos sino también, lo que es más importante, en su interior. Al hacerlo, las imágenes mentales crean el tipo de espectáculo multimedia interno y privado para el que un buen día se inventaron, como sucedáneos, el cine y el sonido grabado. No nos traguemos ni por un momento que la invención del cine surgió de la nada. Tal y como lo veo, fue un admirable intento de imitar las realidades naturalmente animadas y «cinematográficas» de nuestras mentes. Que el intento tuvo éxito es algo indiscutible, pero la extraordinaria obra maestra que produce cada una de nuestras mentes todavía es el mayor espectáculo del mundo.

Las imágenes mentales más comunes son los patrones de luz o sonido, que representan a otras criaturas vivas y lo

que hacen, así como a objetos y acciones —o partes de ellos— que componen el mundo que nos rodea. Por ejemplo, la música y las palabras que oímos están basadas en imágenes acústicas que forma nuestra mente, pero el tacto, el olfato y el gusto también son patrones imagéticos. Las imágenes pueden representar en cada una de nuestras mentes *lo que sea* que nos rodea, incluidos otros organismos o cualquiera de sus rasgos físicos y acciones.

Pero el otro tipo de imágenes mentales, sin duda no menos importantes que las imágenes de nuestro entorno, son las de nuestro propio interior a las que me he referido antes. Esas imágenes complejas constituyen los sentimientos y su papel es sumamente importante y único: *describen, para cada uno de nosotros, nuestro estado vital en el interior del organismo*, con sus variaciones, un estado que hay que vigilar y regular si queremos seguir vivos. No sorprende que esas imágenes correspondan a menudo a una lucha o una negociación.

En resumen, la sed evolutiva de inteligencia natural no se vio saciada por el trascendental desarrollo de la capacidad de representar imagéticamente nuestro entorno. Otra novedad radical ha estado oculta entre bastidores, lista para enriquecer las mentes y contribuir a la conservación de la vida: se llama *sentimiento*.

Sentimiento es una de las pocas palabras técnicas de este libro que, a primera vista, no parece exigir una definición a bote pronto, aunque esa impresión no es cierta. Por supuesto, todos estamos familiarizados con los sentimientos. Bienestar o malestar, hambre o sed, calor o frío, dolor o placer son ejemplos de sentimientos de un tipo particular, e incluso cuentan con un hiperónimo técnico, un término paraguas: *sentimientos homeostáticos*. Esto se debe a que contribuyen al proceso crucial de regulación de la vida, cuyo objetivo es mantener nuestros organismos en el rango ideal de *homeostasis*, dentro de los valores compati-

bles con la continuación de la vida. Sin embargo, esta no es la única variedad de sentimientos en el repertorio de la naturaleza. Cuando sentimos emociones de alegría o tristeza, ira o miedo, hablamos de sentimientos «emocionales», en lugar de «homeostáticos», porque forman parte del proceso emocional natural y su función inmediata no es la conservación de la vida.

En resumidas cuentas, hay que distinguir el abanico de sentimientos que sirven a la regulación de la vida, al mantener la necesaria homeostasis, de aquellos que nos permiten vivir nuestras emociones. Pero es aún más importante distinguir los sentimientos propiamente dichos de las emociones.³

Aunque los sentimientos homeostáticos son algo que todos podemos sentir y reconocer, su elaboración a nivel fisiológico permanece envuelta en misterio, incluso para la ciencia. Estos fenómenos en apariencia insignificantes, que cada lector conoce perfectamente, son los discretos héroes de este libro, por dos motivos. El primero es porque creo que puedo explicar el origen de los sentimientos homeostáticos en nuestro organismo y revelar al menos una parte de su incómodo secreto. El segundo motivo, que sin duda resultará sorprendente, es que estoy convencido de que *la consciencia la debemos, en efecto, a los sentimientos homeostáticos*. Estos han abierto la puerta a la consciencia para que entre en la gran película de la vida debido a su intrínseca *subjetividad*. Los sentimientos homeostáticos apuntan inequívocamente a un *propietario*. De forma espontánea, hacen saber a su organismo que están presentes y cuál es su lugar en el gran orden de las cosas en la mente respectiva de su organismo al igual que en el cuerpo respectivo de su organismo. Aquí hay que hacer otro inciso: en primer lugar, porque la idea de que la consciencia sería consecuente con los sentimientos homeostáticos supone un desvío ra-

dical respecto al enfoque tradicional de este problema; y en segundo lugar, porque la noción de consciencia, incluso en mayor medida que la de sentimientos, requiere una introducción adecuada.

Por lo general, los seres humanos inteligentes están cómodos con sus procesos psicológicos, e incluso los entienden de forma intuitiva, pero, cuando se les pregunta por la consciencia, se quedan desorientados. ¿Qué es la consciencia? ¿Qué hace la consciencia por nosotros? ¿Cómo la crean los organismos? ¿Es la consciencia algo realmente distinto de la mente? Son preguntas que descolocan. La consciencia constituye, sin duda, un enigma profundo.

Tal vez no deba sorprendernos que se hayan propuesto muchas explicaciones acerca de qué es la consciencia y cómo se origina, pero ninguna ha sido lo bastante convincente como para aclarar la cuestión de forma satisfactoria y mucho menos definitiva (véanse los capítulos 14 y 23). Esos intentos proceden de distintos ámbitos —filosófico, científico y técnico— y no reflejan un acuerdo previo entre sus proponentes sobre lo que hay que explicar. La situación tiene su qué de irritante y los enigmas no resueltos de la consciencia se han convertido en una especie de motivo de vergüenza. En resumen, ¿cómo se construye la consciencia? ¿De qué está hecha? ¿Qué señales nos indican que la consciencia está operativa? Creo que la neurobiología puede dar respuestas satisfactorias a estas preguntas y permitirnos, al mismo tiempo, explicar lo que la consciencia brinda a quienes la tienen, y dar así un paso más en nuestra comprensión de la condición humana. Para ello, antes de seguir adelante, necesitamos una visión general de los problemas que hemos intentado resolver y de la forma en que pensamos abordarlos en este libro.